

se atesoró. Nuestra circulación quedó basada prácticamente en el curso de billetes y de moneda de plata con valor superior al del metal. Y esto, que entonces se llamaba el bimetalismo cojo, constituía un nominalismo efectivo, mucho antes de que lo vieran los grandes países del mundo, ni se hubiera creado el concepto.

El vulgo siguió, sin embargo, aferrado mucho tiempo a la idea de la moneda-mercancía, de la moneda unida a un valor real y tangible. Recuerdo todavía haber visto, en alguna ocasión de mi infancia, colas de cambiadores de billetes ante las puertas de la Sucursal del Banco de España de mi ciudad provinciana. Aquellos pánicos eran totalmente absurdos, quizás movidos de rumores intencionados; de todos modos denotan que la idea de que una moneda puramente nominal pudiera hacer completamente las veces de la de tipo clásico, no había entrado aún en las mentes vulgares.

Lo raro no es esto, pues el vulgo al fin y al cabo no puede hacer otra cosa que guiarse por la rutina de la costumbre. Lo singular es que las gentes se aclimataran antes que los economistas a la modalidad de la moneda nominal. En tiempos algo posteriores, por razones que desconozco, pero que seguramente estarían relacionadas con los límites legales que se habían fijado inflexiblemente a la circulación fiduciaria, se obligaba a los perceptores de dinero a tomar una gran proporción de plata, que en algunas ocasiones era de la tercera parte; y el público, que había entrado francamente en el nominalismo práctico y prescindía de buena gana de todo valor real en el medio circulante, rehuía el tomar una moneda que le resultaba embarazosa y que no le hacía mejor papel que la otra, siendo más molesta. No obstante, nuestros economistas seguían sonando el esquilon del realismo monetario, que aunque tuviera el dulce y cautivador del tintineo del oro, no era al fin y al cabo más que un cenorro.

* * *

Durante un tercio de siglo campeó en nuestras gacetas el tópico de la peseta en forma. ¿Qué había de contenido real en este lugar común? Apenas otra cosa que la expresión del prejuicio de que la verdadera moneda era el oro, y que una moneda que se hallaba depreciada con respecto a ese patrón universal, universal al menos en teoría, sólo podía ser una moneda patológica.

¿Era verdaderamente el nuestro un caso de Patología monetaria? Si tomamos un criterio más racional que el puramente panurgista de que así opinaban los autores extranjeros entonces en boga, nuestra conclusión resulta completamente opuesta; las monedas morbosas eran las que entonces se llamaban sanas, y no la nuestra. Vamos a justificar una conclusión que todavía a muchos parecerá extraña.

Una moneda es un instrumento, y nada más que un instrumento de la economía. Esta proposición me parece evidente por sí misma. Su corolario es el siguiente: La mejor moneda es la que mejor sirva a los intereses de la economía que se vale de ella.

¿Cómo servían las monedas de oro a las economías de los grandes países que las gozaban? Bastante mal. Durante el último cuarto del siglo pasado esto no se podía ver claramente, porque se estaba todavía en las primicias del patrón oro, con el que a la Gran Bretaña le había ido bien en los tiempos precedentes. A la luz de las experiencias posteriores y de la mayor exploración de que ha sido objeto la teoría de la coyuntura, ya no puede haber duda sobre que la introducción de la moneda de oro en casi todos los países fue dañina para la economía del mundo. Ese período durante el cual se realizó semejante hecho se halla marcado por una baja persistente de los precios oro, que da a esa fase de la historia económica moderna la característica de una prolongada depresión. No faltan en ella los movimientos cíclicos propios de la llamada economía capitalista, pero los auges conyunturales son tan fugaces que señalan apenas una atenuación en esa larga crisis de veinticinco o treinta años.

No pretendo yo que el fenómeno periódico de las crisis sea un hecho de tipo puramente monetario, como sostienen algunos economistas. Mi opinión es que se trata de un fenómeno dependiente de ciertas modalidades de orden institucional de más honda raigambre en la economía que el simple hecho monetario, pero también creo que el mecanismo de la circulación del dinero, íntimamente ligado a toda la fenomenología económica, tiene una repercusión importante sobre el desarrollo del ciclo coyuntural. La razón íntima del fracaso del patrón oro se halla, a mi juicio, en que la moneda oro, lejos de ser una moneda neutra, constituye por su natural funcionamiento un instrumento adecuado para acentuar los efectos de la

DE COLABORACION

LA EVOLUCION MONETARIA

No sé si todos se dan clara cuenta de la sorprendente evolución que se ha cumplido en los sistemas monetarios durante los últimos sesenta años. Esa evolución podemos decir sintéticamente que ha consistido en el paso de la moneda-mercancía a la moneda-signo, del realismo monetario al nominalismo. Y señalo el plazo de sesenta años teniendo en cuenta fechas de la historia en nuestro país, donde la evolución se hizo primero, pues fuera de España la trayectoria ha sido más breve.

Todos los que pudimos visitar el extranjero antes de la primera gran guerra tuvimos ocasión de ver en pleno funcionamiento la circulación efectiva de oro, la moneda-mercancía por excelencia; en España sólo los muy viejos recordarán el curso normal de las peluconas u onzas y otras monedas áureas de más moderno cuño. Desde que, con la adopción del patrón oro por los principales países de Europa, comenzaron a separarse los dos metales de la relación establecida por la Unión Latina, España hubo de apartarse del oro. Según la ley conocida de Gresham, la moneda sobrevaluada quedó en el mercado, y el oro, que adquirió como metal un valor superior al monetario, se fundió, emigró o

fluctuación cíclica. Durante la larga depresión de postguerra ha agravado de tal modo esos efectos que han superado toda capacidad de adaptación de las economías, y no ha habido otro remedio que echar por la borda el sistema entero, dando ejemplo de ello Inglaterra, la primera nación en introducirlo y la que nos había dado su teoría a modo de una concepción definitiva e inmovible.

Pues bien; es innegable que la agravación de las depresiones durante el último cuarto del siglo pasado, y la atenuación de las reacciones prósperas, se debieron a que la introducción del patrón oro por algunos países importantes, especialmente por Alemania después de la guerra con Francia, determinó un encarecimiento extraordinario del oro y un envilecimiento progresivo del valor de la plata. Y fué aquel encarecimiento del oro lo que se manifestó por una baja tenaz de los precios que agravaba la tendencia propia de las depresiones, e impedía que los auges progresaran normalmente.

Fuó el alza del valor del oro la que causó el lanzamiento automático de España, y junto con España de casi todos los demás países típicamente agrícolas, fuera de la órbita del régimen áureo. Sus economías, más susceptibles por su condición agraria a los efectos perniciosos de la variación del valor de la moneda, no pudieron resistir desde el principio un proceso que a las naciones entonces poderosas afectó gravemente. Fué una suerte, pues gracias a esa desconexión entre la peseta y el oro, nuestro país soportó sin grandes daños una etapa difícil para el mundo. Hubimos de sufrir las repercusiones del empobrecimiento general de nuestros clientes y proveedores, pero nuestro nivel de precios—a lo que es posible juzgar por las imperfectas estadísticas del tiempo—no padeció notablemente de la baja general. A no ser por la providencial desconexión del oro, el nivel de precios español hubiese tenido que seguir el curso general, y nuestra situación se hubiese visto notablemente agravada, con consecuencias imprevisibles.

Lo que las últimas experiencias monetarias han demostrado claramente es que la moneda mejor es la que mantiene un nivel de precios más estable. En este aspecto, nuestra moneda ha demostrado su superioridad sobre la moneda de oro. Fuera de un alza de precios no exagerada durante el último quinquenio del siglo, que comprende nuestra guerra con Norteamérica, período singularmente difícil para nuestra economía, nuestro nivel de precios se conservó muy estable hasta 1914, lo que no ocurrió en los países de patrón oro, que vivieron sucesivamente una caída prolongada y una reacción súbita después de la guerra anglo-boer. Ese barranco lo pasamos nosotros por el puente de nuestra moneda nominal.

* * *

¿Fué nuestra política monetaria una política desastrosa, según han pretendido los detractores nacionales y extranjeros de ella? Yo no lo creo; hay que revisar los juicios aceptados acerca de este punto. Fué una política empírica, no respaldada por una teoría de gran empaque científico, como la del régimen de patrón oro, pero fué una política guiada por las necesidades de nuestra

economía, una política inspirada en lo que la experiencia dictaba día a día. Y se estropeó precisamente cuando quiso salirse de esas normas de prudencia y experiencia, bajo el influjo de teóricos que se habían preocupado más de estudiar textos extranjeros que la realidad de nuestra economía viva a la luz de ideas racionales.

Después de todo, el que la política seguida por nuestro país no fuese acompañada de una doctrina fué culpa de nuestros economistas o de no tener economistas acaso, pues no nacen las políticas de las teorías, sino las teorías de los hechos. En Inglaterra no fué primero la teoría y después el sistema monetario basado en ella, sino al revés. Lo que faltó, pues, en España no fué una política; fueron unos economistas que, sobre nuestra experiencia monetaria y sobre nuestras necesidades, construyeran la teoría adecuada.

En el período de evolución en que actualmente se encuentra la Economía, no hay teorías definitivas ni siquiera duraderas. Por lo regular una teoría es la generalización de algunos hechos de experiencia, de tal modo que esa generalización coincide durante algún corto tiempo bastante aproximadamente con los acontecimientos del mundo real, durante el tiempo que todavía perduran las circunstancias generales en que se desarrollaron los hechos que han servido de base a la teoría, de la misma manera que una curva geométrica puede coincidir sensiblemente con la curva experimental de unos fenómenos observados estadísticamente, pero pronto, en el sucederse de los acontecimientos, la compleja realidad se separa cada vez más de la simple forma geométrica, para tomar rumbos imprevistos que obligan a elaborar una nueva concepción teórica más en consonancia con los nuevos datos empíricos.

En lugar de construir la teoría de nuestra experiencia monetaria, con lo que pudiéramos adelantarnos cuarenta años a los teóricos extranjeros, como nos adelantamos cuarenta años por lo menos en la práctica de una moneda sin paridad fija con el oro, nuestros economistas de la época se limitaron a hacer coro a quienes desde fuera cen-

suraban nuestra política, juzgándola por sus experiencias y sin conocer ni nuestra realidad ni nuestras necesidades. El nominalismo pudo nacer mejor en España que en Alemania; teníamos mejor base experimental para ello. Hubiera bastado que quienes estaban obligado a hacerlo, estudiaran de primera mano lo que tenían delante de las narices, en vez de lanzarse en el piélago de los doctrinarios exóticos.

Hoy nos encontramos de hecho en pleno nominalismo, y en un punto decisivo de la historia monetaria en el mundo, sin que se hayan elaborado las normas formales de su funcionamiento. Habremos de atravesar un período de transición algo anárquico, como todos los períodos de transición, pero al fin es probable que la evolución siga hacia esa forma más racional del dinero, cuyo camino no será de todos modos fácil, porque pesan sobre los cerebros miles de años de metalismo, durante los cuales la Humanidad ha venido usando la moneda sin llegar a penetrar sus íntimas esencias.

GERMÁN BERNÁCER.